

Los cadáveres de un oscuro funcionario y una camarera aparecen una mañana en una playa de la isla de Kyushu. Todo parece indicar que se trata de un caso claro: dos amantes que se han suicidado juntos tomando cianuro.

Pero hay ciertos detalles que llaman la atención del viejo policía local Jutaro Torigai: el difunto se había pasado seis días solo en su hotel y en su bolsillo encontraron un único billete de tren; así

«Un maestro de la novela negra... ¡los libros de Seicho Matsumoto enseñan estrategia japonesa!» **The New York Times Book Review**

«Seicho Matsumoto es tan prolífico como Rex Stout pero tiene las cualidades literarias de un Elmore Leonard.» **San Francisco Chronicle**

que, seguramente, los amantes no habían viajado juntos. Enseguida se descubre también que el funcionario trabajaba en un ministerio en el que se acaba de destapar una importante trama de corrupción; el subinspector Mihara de la Policía Metropolitana de Tokio se hará cargo de la investigación en la que contará con la inestimable ayuda de Torigai. Publicado en Japón en 1957, *El expreso de Tokio* es uno de los *best sellers* más famosos de Seicho Matsumoto. Su intriga minuciosamente ensamblada y la combinación de elementos psicológicos, sociales y políticos marcaron una nueva época en la novela negra japonesa.

A* www.librosdelasteroide.com

BIC: FF
ISBN 978-84-15025-54-4



9 788415 625544

A*

Libros del Asteroide *

El expreso de Tokio

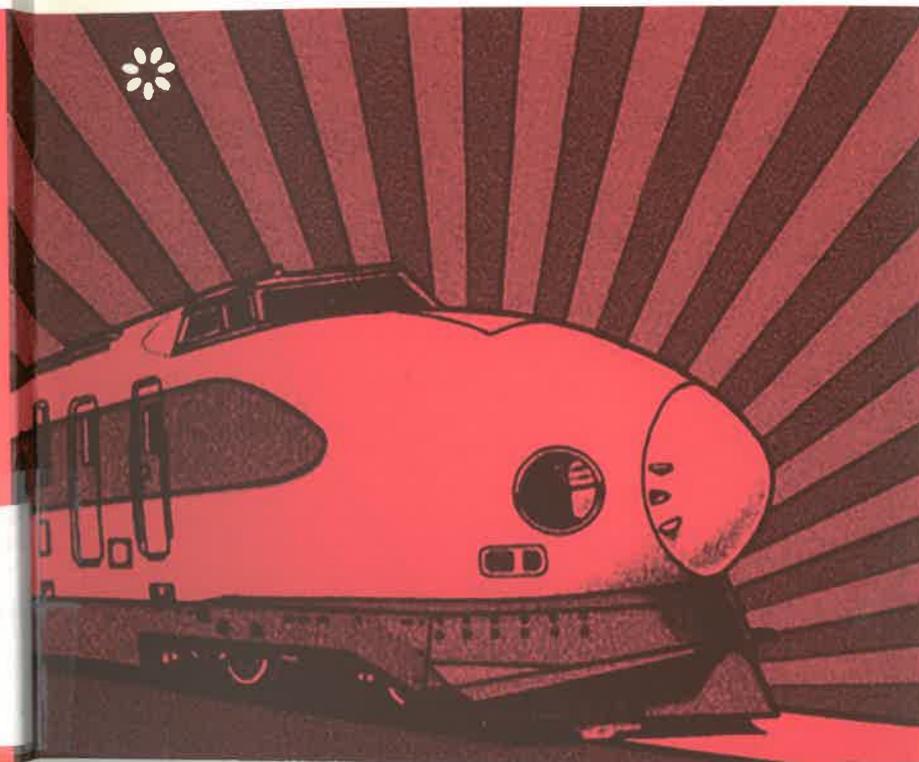
Seicho Matsumoto

V 2559

Seicho Matsumoto

El expreso de Tokio

Traducción de Marina Bornas



El viaje había sido en vano. Con la caja de galletas bajo el brazo, el inspector se dirigió hacia la dirección que el agente le había indicado.

Era una zona muy tranquila donde aún quedaban casas con tejados de paja. A un lado se erigían las montañas y, al otro, el mar azul asomaba entre los tejados.

9. Un paisaje de cifras

Era una casa alejada de la vía del tren, construida en una suave pendiente. Muchas de las viviendas del vecindario estaban rodeadas de cercas de bambú o de cedro. La esposa de Yasuda vivía en una pequeña casa de una sola planta cercada por una tupida hilera de cedros y arbustos. Parecía el lugar ideal para dar cobijo a una mujer enferma.

El mar azul asomaba entre casa y casa.

Mihara pulsó el timbre, que resonó en el interior de la vivienda, e intentó controlar la respiración. Era consciente de que se enfrentaba a una visita difícil.

Una criada de unos sesenta años le abrió la puerta.

—Me llamo Mihara y vengo de Tokio, soy un conocido del señor Yasuda. Estaba de paso y he pensado en visitar a su esposa.

La mujer escuchó la presentación de Mihara con una postura respetuosa, ligeramente inclinada hacia delante. A continuación, desapareció en el interior para anunciar su visita.

—Pase, por favor —le pidió, con una ligera reverencia, cuando volvió a aparecer.

La sirvienta lo acompañó hasta una gran habitación situada al fondo de la casa. Los rayos del sol, que irrumpían a través de la puerta de cristal orientada al sur, bañaban la mitad de la estancia donde se encontraba la cama, reluciente bajo la luz de aquella incipiente primavera.

Una mujer de rostro pálido estaba medio incorporada en la cama, esperando su visita. La sirvienta le cubrió los hombros con una bata negra con lunares rojos que realzó su presencia y la envolvió en una extraña luminosidad. Era una mujer joven de unos treinta y dos o treinta y tres años. Llevaba el pelo recogido en una coleta floja y tenía un rostro estrecho que parecía haberse maquillado a toda prisa para recibir aquella inesperada visita.

—Encantado de conocerla —le dijo el inspector—. Siento haber aparecido sin previo aviso. Me llamo Mihara, he tenido el honor de conocer al señor Yasuda en Tokio. Le pido disculpas, sé que no es muy elegante decir que vengo a verla porque estaba de paso —se disculpó Mihara, evitando en todo momento sacar su tarjeta de visita con el membrete de la policía de Tokio.

—Al contrario, es un placer recibir su visita. Soy la mujer de Yasuda. Mi marido le agradecerá mucho que haya venido a verme.

Era una mujer muy hermosa. Sus ojos eran grandes y su nariz, recta y fina. Tenía el mentón anguloso, pero no tenía la cara demacrada ni enfermiza. Su ancha frente, su palidez y su delgadez le daban un aspecto de mujer inteligente.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Mihara, intentando disimular su culpabilidad.

—Gracias por preguntarlo. Es una larga enfermedad, no tengo esperanzas de recuperarme pronto —contestó ella, esbozando una triste sonrisa.

—¡Cuánto lo siento! De todas formas, ahora empieza el buen tiempo. Supongo que eso la ayudará a recuperar el ánimo. Este invierno ha sido muy frío.

—En esta zona —empezó la esposa de Yasuda, mirando con los ojos entrecerrados el sol que entraba por la ventana—, los inviernos son cálidos, la temperatura siempre está unos tres grados por encima de la de Tokio, pero este invierno ha sido gélido. Afortunadamente, el tiempo ya ha empezado a mejorar. —A continuación, levantó la vista y miró a Mihara. Tenía unas pupilas bonitas y luminosas, y parecía consciente del efecto que su mirada producía en los demás—. Disculpe, ¿ha dicho que mi marido había colaborado con usted?

—Más o menos —admitió vagamente Mihara. Se sentía tan culpable que se hizo el firme propósito de pedirle disculpas a Yasuda.

—Ah. Entonces, ¿es usted quien ha colaborado con él?

—No, más bien al revés. —Mihara tenía la frente perlada de sudor—. ¿El señor Yasuda viene a visitarla a menudo? —le preguntó, cambiando de tema ágilmente.

—Es un hombre muy ocupado, pero viene a verme una vez a la semana —respondió ella, con una apacible sonrisa. Su respuesta coincidía con todo lo que el empresario le había contado.

—Es bueno que tenga trabajo, aunque para usted es una lástima que no pueda venir más a menudo —dijo Mihara, observando discretamente la habitación mientras hablaba. Al lado del altar doméstico había unos

cuantos libros amontonados. Debía de aburrirse mucho, encerrada en casa todo el día. Unas revistas de literatura coronaban la montaña de libros. A Mihara le sorprendió un poco que no fueran revistas ligeras. Encima de otra columna de libros, había algunas novelas extranjeras y, justo debajo, una especie de revista del mismo grosor pero un poco más pequeña. La portada quedaba oculta bajo el libro que había encima y Mihara no pudo leer el título.

La sirvienta apareció con el té. Mihara pensó que había llegado la hora de irse e hizo ademán de levantarse.

—Le ruego de nuevo que disculpe mi grosera intromisión. Espero que se recupere pronto.

La esposa de Yasuda levantó la cabeza y le dirigió su brillante mirada, clara y transparente.

—No se disculpe, por favor. Le agradezco que haya venido a verme.

Cuando Mihara le dio la caja de galletas, ella le dedicó una amable reverencia de agradecimiento. Entonces fue cuando él se percató de la extrema delgadez de sus hombros.

La sirvienta lo acompañó a la entrada.

—¿Quién es el médico que la visita? —le preguntó Mihara mientras se ponía los zapatos, simulando indiferencia.

—El doctor Hasegawa. Tiene el consultorio frente a la estatua del Gran Buda —contestó ella sin vacilar, dando muestras de su buena fe.

Mihara cogió el tren de Enoshima y bajó frente a la estatua del Gran Buda. El lugar, como de costumbre, estaba lleno de niños de primaria que avanzaban alborotando en grandes grupos.

Enseguida vio la clínica Hasegawa, donde se presentó con su tarjeta de visita oficial.

El director era un hombre corpulento, de cara roja y pelo canoso muy bien peinado. Dejó la tarjeta de Mihara encima de la mesa y lo invitó a entrar.

—Me gustaría preguntarle por la enfermedad de la esposa del señor Yasuda —anunció Mihara. El hombre deslizó la mirada por su tarjeta de visita y luego volvió a depositarla en el rostro del inspector.

—¿Se trata de una investigación oficial?

—Sí, eso me temo.

—¿La información que necesita viola el secreto profesional? —inquirió entonces.

—No, en absoluto. Solo quiero conocer el estado de salud de la señora Yasuda. Me basta con una explicación superficial, sin entrar en detalles —aclaró Mihara.

El director asintió y le pidió a la enfermera que le trajera el historial clínico de la paciente.

—Padece tuberculosis pulmonar. Erradicar el germen que causa esta enfermedad es muy difícil y muy lento. La señora Yasuda lleva tres años enferma y, para serle sincero, hay pocas probabilidades de que se recupere por completo. Su marido ya lo sabe. Lo único que podemos hacer es controlar el avance de la enfermedad inyectándole un nuevo medicamento —le explicó el médico.

—¿No puede levantarse de la cama?

—Sí, se levanta de vez en cuando, pero se cansa mucho.

—Pero no puede salir a la calle, ¿verdad? —insistió Mihara.

—Puede dar paseos y hacer alguna salida. Se ve que

tiene parientes en Yugawara con los que pasa un par de noches de vez en cuando, pero no puede hacer gran cosa más —le explicó el médico.

—¿Y usted la visita a diario?

—No hace falta, porque está estable y no sufre cambios repentinos. Suelo visitarla los martes y los viernes. A veces también voy los domingos por la tarde. —Al ver que Mihara ponía cara de extrañeza, el director de la clínica se apresuró a sonreír—. Esa mujer tiene una gran afición por la literatura. Tengo muchos pacientes que escriben poemas breves, haikus o tankas, pero ella lee muchas novelas e incluso escribe pequeños relatos. —Mientras lo escuchaba, Mihara recordó las revistas de literatura y las novelas extranjeras que había visto en la habitación de la esposa de Yasuda—. La verdad es que a mí también me gusta la literatura. Soy amigo del escritor Masao Kume. En Kamakura viven muchos escritores, pero yo solo me relaciono con él. Me da un poco de vergüenza, ¡a mi edad! Es mi gran pasión. El viejo Kume y yo nos reunimos como amigos y escribimos ensayos y poemas que luego publicamos en una revista. Es como cuidar de un bonsái. La señora Yasuda es tan aficionada a la literatura como nosotros, por eso voy a visitarla algún domingo y charlamos un rato. Ella se divierte mucho. Hace unos seis meses, me dio el manuscrito de un relato que había escrito.

El médico hablaba de su pasión con gran entusiasmo. Le preguntó si quería ver la revista que había publicado el relato de la señora Yasuda y Mihara le pidió que se la enseñara.

—Aquí está.

La revista se titulaba *Nanrin* y apenas tenía treinta

páginas. Mihara consultó el índice y la abrió. El relato se titulaba *Un paisaje de cifras* y la autora era Ryoko Yasuda. Así fue como Mihara averiguó el nombre de pila de aquella mujer. A continuación, empezó a leer el escrito publicado bajo aquel enigmático título:

Cuando llevo mucho rato en la cama, me apetece leer. Sin embargo, últimamente todas las novelas me resultan pesadas. Cuando llevo más de la mitad, pierdo el interés y acabo cerrándola. Un día, mi marido olvidó la guía de horarios de los trenes. La cogí y la hojeé para matar el aburrimiento. Viajar no significa nada para mí porque apenas puedo levantarme de la cama, pero aquella guía me pareció extrañamente interesante, mucho más que cualquier novela de poca monta. Mi marido viaja mucho por trabajo y suele comprar guías de horarios. Tiene la costumbre de consultarlas a menudo con una finalidad puramente práctica, pero, para mí, que me paso el día encerrada en casa, tienen una utilidad mucho más interesante.

Leo los nombres de todas las estaciones de Japón que aparecen en la guía y visualizo los paisajes que corresponden a cada una de ellas. Las líneas de cercanías me sirven para dar rienda suelta a mi imaginación. Toyotsu, Saigawa, Sakiyama, Yusubaru, Margarikane, Ita y Gotoji son estaciones que pertenecen a pueblos de Kyushu, mientras que Shinjo, Masukata, Tuya, Furukuchi, Takaya, Karikawa y Amarume corresponden a una línea secundaria de Tohoku, al norte. El nombre de Yusubaru me recuerda un pueblecito anclado en mitad de un valle de exu-

berante vegetación típicamente meridional, mientras que Amarume me trae imágenes de una ciudad del noreste situada en una región árida y cubierta de un cielo plomizo. Ante mis ojos aparecen las formas de las montañas que rodean estos pueblos y ciudades, veo las casas e incluso la gente que camina por las calles. El monje budista Kenko Yoshida, en su colección *Ensayos ociosos*, escribió: «Tengo la sensación de poder adivinar el aspecto de una persona escuchando solo su nombre». A mí me pasa lo mismo. Cuando no tengo nada que hacer, me distraigo abriendo la guía de horarios por una página al azar y paseo por Sanin, Shikoku y Hokuriku.

A continuación, mi imaginación se traslada del espacio al tiempo. Consulto el reloj y resulta que son, por ejemplo, las 13:36 del mediodía. Entonces hojeo la guía en busca de una estación que tenga una llegada programada a las 13:36 y descubro que, a esa hora, el convoy 122 de la línea de Echigo llega a la estación de Sekiya. A la misma hora, los pasajeros bajan del convoy 139 de Akune, la línea principal de Kagoshima, y el convoy 815 llega a Hidamiyata. La línea Sanyo de Fuku, la línea Iida de Shinshu, la línea Joban de Kusano, la línea Ou de Higashinoshiro y la línea principal de Kansai, llamada Oji. Todos los trenes entran en las estaciones y se detienen en sus andenes correspondientes.

Durante el breve instante en el que mi flaco dedo recorre los horarios desde la cama, varios trenes se detienen al mismo tiempo en distintos lugares del país y multitudes de gente suben y bajan para continuar con sus vidas. Entonces cierro los ojos y visua-

lizo la escena. Siguiendo el mismo método, también me entretengo buscando en qué estaciones se cruzan los trenes de cada línea. Es muy divertido. En algunas franjas horarias el cruce de trenes es inevitable. En cambio, el cruce en el espacio de los pasajeros es accidental. En estos instantes, puedo imaginar sin límites las vidas de las personas que van y vienen de los distintos lugares. Me interesa mucho más ejercitar mi propia imaginación que leer una novela fruto de la imaginación de otra persona. Es una distracción solitaria, un sueño en suspensión.

Últimamente, esta guía de horarios llena de cifras y de nombres se ha convertido en mi lectura favorita.

—Es una distracción curiosa, ¿verdad? —comentó el médico cuando Mihara terminó de leer. Cuando sonreía, sus ojos se convertían en dos estrechas líneas—. Parece mentira las cosas que se le ocurren a una persona postrada en la cama.

—Ya lo creo —convino Mihara en un tono indiferente, devolviéndole la revista. Por un instante había olvidado la presencia del médico y no podía pensar en nada más que en la frase con la que Ryoko Yasuda empezaba su escrito: «Mi marido viaja mucho por trabajo y suele comprar guías de horarios. Tiene la costumbre de consultarlas a menudo».

Cuando Mihara regresó a la comisaría, habían dado las ocho de la noche. El comisario ya se había ido.

Encontró un telegrama sujeto bajo el tintero de su mesa. «Ha llegado antes de lo que esperaba», pensó

Mihara. Lo abrió inmediatamente, antes de sentarse. Tal y como sospechaba, era la respuesta al telegrama que había enviado a la comisaría central de Hokkaido, en Sapporo: «Según el señor Kawanishi de la compañía Futaba, el 21 de enero fue a recoger al señor Yasuda en la estación de Sapporo. Los días 21, 22 y 23, Yasuda se hospedó en el Maruso».

Mihara se sentó en su silla, vagamente decepcionado a pesar de que no esperaba recibir otra respuesta.

«Un tal Kawanishi, representante de la compañía Futaba, fue a recoger a Yasuda a la estación el 21 de enero. Los días siguientes, Yasuda se alojó en el hotel Maruso. Coincide con todo lo que él mismo me contó.»

Mihara encendió un cigarrillo y empezó a fumar. Estaba solo. Se encontraba en el ambiente ideal para reflexionar.

De aquel telegrama se desprendía lo que ya sospechaba. Se equivocó al pensar que Yasuda podía haberle mentado. Era demasiado astuto como para haberle contado una mentira que se pudiera descubrir fácilmente. Así pues, Yasuda llegó a Hokkaido el 21 de enero. Sayama y Toki se suicidaron en Kyushu la noche del 20 y sus cadáveres fueron descubiertos a la mañana del día siguiente, mientras Yasuda estaba, sin lugar a dudas, a bordo del tren rápido *Towada* rumbo a Hokkaido. De no ser así, no se habría encontrado con su contacto en Sapporo, que lo estaba esperando en la estación.

Sin embargo, Mihara no descartaba la teoría de que Yasuda hubiera llegado a la estación de Tokio en el momento oportuno para que, durante un breve intervalo de cuatro minutos, dos testigos pudieran ver a Sayama y a Toki subiendo al tren. El inspector aún no sabía por

qué. Tampoco entendía por qué durante dos días — desde el 20, la noche del suicidio, hasta la mañana del 21, cuando aparecieron los cadáveres— los movimientos de Yasuda parecían vinculados a Kyushu. Mihara era consciente de que se aferraba a aquella intuición porque deseaba que fuera realidad. Sin embargo, Yasuda no estaba en Kyushu sino en el extremo opuesto del país. En vez de ir al sur, ¡había ido al norte!

«Un momento. Es un poco extraño que viajara precisamente en la dirección opuesta.»

Mihara encendió el segundo cigarrillo. Del mismo modo que el intervalo de cuatro minutos olía a estratagemas, su intuición le decía que Yasuda había escogido deliberadamente la dirección contraria.

Entonces tuvo una idea. Abrió un cajón y sacó la carpeta que contenía la documentación del caso Sayama que el inspector Torigai de la comisaría de Fukuoka había tenido la amabilidad de proporcionarle. Por primera vez después de una buena temporada, recordó las mejillas hundidas y las arrugas que surcaban los ojos de Jutarō Torigai.

Tal y como constaba en el informe de las autopsias, el suicidio de Sayama y de Toki, que murieron envenenados por ingestión de cianuro potásico, se había producido el día 20 de enero entre las diez y las once de la noche.

Mihara consultó la guía de horarios que había en la comisaría. A aquella hora, el expreso *Towada* circulaba por la línea Joban a la altura de Nakoso, un lugar célebre por sus ruinas históricas, dejaba atrás Taira y pasaba por Hisa-no-hama y Hirono.

A continuación, Mihara comprobó que a las seis de la

mañana del día 21, cuando aparecieron los dos cadáveres, el tren acababa de salir de la estación de Ichinohe, en la prefectura de Iwate. Si Yasuda viajaba en ese tren, no pudo coincidir con lo ocurrido en la playa de Kashii, ni temporal ni espacialmente.

Sumido en estas reflexiones, Mihara se dio cuenta de que su forma de consultar la guía de horarios se parecía mucho a la que utilizaba la esposa de Yasuda y no pudo evitar sonreír.

La mujer había escrito que su marido consultaba la guía con frecuencia. Eso significaba, por extensión, que conocía muy bien los horarios de los trenes.

«Resulta sospechoso. ¿Podría haber utilizado los horarios como coartada?»

Era extraño hablar de coartadas, puesto que Yasuda había demostrado que aquellos días no había estado en Tokio y que, por tanto, tampoco había ido a Kyushu.

Mihara volvió a desplegar el telegrama de respuesta que había recibido. Cuando terminó de releerlo, sus dedos empezaron a jugar con la punta de la hoja. No tenía motivos para desconfiar del telegrama. No cabía duda de que los hechos habían ocurrido de aquella forma. Aun así, se sentía como si estuviera viendo la construcción de un edificio desde la calle y hubiera vicios ocultos detrás de la fachada.

«Tendré que ir a Hokkaido.»

Para descubrir qué vicios ocultos se escondían tras el edificio en construcción, tendría que tantear todas las paredes, una por una, y escuchar atentamente su reacción.

A la mañana siguiente, Mihara esperó al comisario Kasai frente a su despacho.

—Ayer recibí la respuesta de Sapporo —le anunció mientras le enseñaba el telegrama. El comisario lo leyó atentamente.

—Así que Yasuda dijo la verdad —concluyó, levantando la vista hacia Mihara.

—Sí.

—Cuéntame —lo alentó entonces, sospechaba que Mihara tenía algo que decir.

—Ayer fui a Kamakura. Usted había salido un momento.

—Sí, vi tu nota al regresar.

—Visité a la mujer de Yasuda para comprobar la versión de su marido. Tal y como me había dicho, su esposa padece una enfermedad pulmonar y está en la cama.

—Entonces, todo lo que te contó Yasuda era verdad.

—En principio, sí, pero hay algo curioso.

Mihara le explicó al comisario que el médico le había dejado leer el escrito de la esposa de Yasuda, en el que ella misma insinuaba que su marido conocía muy bien los horarios de las líneas ferroviarias.

—Tienes razón, es curioso —admitió el comisario, entrelazando las manos encima de la mesa—. Eso explicaría el hecho de que Yasuda descubriera ese intervalo de cuatro minutos en la estación de Tokio.

—Yo opino lo mismo —dijo Mihara, un poco más animado ante el apoyo de su superior—. Tengo el presentimiento de que la estrategia de Yasuda para crear testigos significa que tuvo algo que ver con el suicidio de Sayama. Es una mera intuición, todavía no veo nada claro, pero estoy seguro de que algo encontraré.

Mihara quería decir que sospechaba que el doble suicidio, en realidad, podría haber sido un crimen.

—Estoy de acuerdo —dijo enseguida el comisario.

—El caso es que quisiera pedirle permiso para ir a Hokkaido. No creo que Yasuda estuviera viajando hacia el norte el día del suicidio. Sé que la información que recibí de la policía de Sapporo es cierta, pero sospecho que puede tratarse de una especie de artimaña de Yasuda. Cuando descubra la verdad, sabré también por qué Yasuda tenía la necesidad de que dos testigos vieran a Sayama y a Toki en la estación.

El comisario desvió la mirada y estuvo reflexionando unos instantes antes de responder.

—Bien. Ya que hemos llegado hasta aquí, seguiremos hasta el final. Hablaré con mi superior —dijo de repente, con una expresión sombría. Mihara no pudo evitar preocuparse.

—¿Cree que se opondrá a la investigación?

—No, no creo que se oponga —respondió Kasai—. El problema es que le parece absurdo seguir investigando un doble suicidio, por eso se muestra un poco reacio, pero no te preocupes, haré lo que pueda para convencerlo.

El comisario Kasai sonrió para tranquilizar a Mihara.

10. El testigo de Hokkaido

Al día siguiente, por la tarde, Mihara cogió el tren rápido *Towada* que salía de la estación de Ueno. Era el mismo en el que había viajado Yasuda. Eligió el *Towada* porque era la forma más cómoda y rápida de llegar a Hokkaido, pero también porque quería reproducir fielmente los pasos del empresario.

Pasado Taira, empezó a adormilarse, pero la pareja que ocupaba los asientos de enfrente charlaba ruidosamente con un marcado acento del norte y no pudo descansar como habría deseado. Aun así, alrededor de las once lo invadió el cansancio acumulado durante toda la jornada y el sueño lo venció poco a poco. A la altura de Sendai, se despertó por las irregularidades del trazado ferroviario, pero no recordaba nada más hasta que el tren llegó a Asamushi.

El mar resplandecía bajo el cielo blanco lechoso del alba. En el vagón, todo el mundo empezaba a prepararse para descender.

Entró un revisor que se quedó de pie en la puerta y saludó a los pasajeros deseándoles los buenos días.

—Pronto llegaremos a la estación de Aomori, el final